

Megan Maxwell

A man and a woman in 18th-century attire are embracing on a balcony. The man is wearing a dark coat and a white cravat, and the woman is wearing a light-colored dress with a lace collar and a pearl necklace. They are looking at each other. In the background, a large full moon is visible against a dark sky, and a landscape with hills is seen through the balcony railing.

**¿Un último baile,
milady?**

*¿Un último baile,
milady?*

Megan Maxwell

*Para mis guerreras y guerreros.
Como dice la leyenda del hilo rojo del destino,
quienes estén predestinados a estar juntos
lo estarán dando igual el momento o el lugar.
El invisible hilo rojo puede enredarse,
desgastarse o retorcerse, pero
nunca, nunca, nunca se romperá.*

*Y, por supuesto, también se lo dedido a mi amimana
de vida y editora Esther Escoriza, por las risas
que nos hemos echado hablando tanto de esta novela
como de las series que vemos;
y también porque, «bonita», te guste o no,
a Ragnar, el vikingo, ¡yo me lo pedí antes!*

Con amor y magia,

MEGAN

Nota de la autora



Lo primero de todo: ¡hola!

Y lo segundo, si vas a leer esta historia, antes quiero contarte algo.

¿*Un último baile, milady?* es una novela atípica y divertida. ¡Un viaje en el tiempo!

¿Te imaginas pasar ahora mismo del siglo XXI al XIX y tener que acostumbrarte a su estilo de vida?

Una locura, ¿verdad?

En mi caso particular, y conociéndome, si a mí me pasara eso con alguna de mis amigas, sé que, además de reírnos un montón, meteríamos la pata continuamente.

¿Por qué? Pues porque estamos acostumbradas a hablar con libertad y también a cosas y a comodidades que en el siglo XIX no existían. Un ejemplo: unas simples bragas. Otro: una compresa o un tampón. Más: el ibuprofeno. Y no sigo, pues la lista sería interminable.

¿Te imaginas lo que supondría vivir sin lo que sabemos que existe hoy día y no poder decirlo?

Además de las cosas materiales, que son muchas, en el siglo XXI estamos acostumbrados a tutearnos entre nosotros, a tomar decisiones propias y, sobre todo, a vivir sin preocuparnos por el qué dirán. Simplemente esas tres cosas eran inimaginables en la época de la Regencia.

El protocolo a la hora de hablarse era ¡obligatorio!

Tomar una decisión siendo mujer, ¡impensable!

No tener en cuenta el qué dirán, ¡inaceptable!

Como mujer del siglo XXI decidí escribir esta novela, primero para agradecer haber nacido cuando nací y, segundo, para pasármelo bien. Y, oye, reconozco que ha sido divertido transgredir las normas y el protocolo que aquella época exigía.

Uf..., ¡lo que he disfrutado haciéndolo!

Si te cuento esto en confianza es porque no quiero que pienses que vas a leer una novela ambientada en plena Regencia. No..., no..., no... (mi yo guerrero no me lo ha permitido). Esta es una novela loca y divertida de dos mujeres actuales que, a raíz de unas determinadas circunstancias, viajan a esa época y...

¡Ah! Ya no te cuento más, porque eso lo tienes que descubrir tú.

Por tanto, aclarado este punto, que para mí como autora era importante, siéntate, pasa la página y ¡disfruta!

Un besazo,

MEGAN



—Borrego recién pelado no lo llesves al mercado.

—¡Yaya!

—Hermosa..., si no lo digo, ¡reviento!

Según oigo decir eso a mi abuela, me tengo que reír porque, como siempre, está *sembrá*.

Le acabo de contar lo que me ha pasado con mi último churri. Sí, sí, *churri*, porque novio, lo que se dice novio, nunca en la vida he tenido, y ella, que es doña Refranes, pues eso que me ha soltado.

La estoy mirando divertida cuando añade:

—Aun así, ese muchacho no era para ti.

—Buenoooo... —me mofo.

—Te lo dije el día que lo conocí, hermosa, como te lo dijo tu amiga Kim. Rafita es guapo pero simplón, y con menos personalidad que esos bichos que tanto te gustaban... ¿Cómo se llamaban?

—Teletubbies.

—Eso —afirma sin repetir el nombre, que siempre lo dice mal—. Tú, como nieta mía, ¡te mereces algo más!

—Un príncipe como poco —bromeo.

Mi yaya asiente. Para ella soy lo mejor de lo mejor, a pesar de mis trepientos mil defectos, y viendo que me río cuchichea:

—Un príncipe para ti seguiría siendo poco.

Divertida, me carcajeo mientras ella sigue hablando.

Por fortuna, mi abuela es diferente de la media. A pesar de tener setenta y cinco años y los males propios de la edad, Consuelo, que así es como se llama, es una mujer activa que sale, entra y viaja con



sus amigas, y no le hables de hacer ganchillo o punto de cruz, porque ella es más de salsa y merengue.

Además de multitud de refranes, de ella he aprendido a valorarme como persona y, sobre todo, como mujer. Según mi abuela, si tengo que casarme algún día, ¡me casaré!, pero mientras esté soltera, mi única misión es disfrutar de la vida y del sexo con total libertad.

¡Ole, mi yaya!

Soy española, concretamente de Madrid. De padre americano y madre madrileña. Ambos eran biólogos con vidas muy intensas y apasionadas. Y, bueno, se conocieron en Holanda en un congreso de biología celular, y en menos de tres meses yo dije «¡Allá que voy!», así que se casaron y se trasladaron a vivir a España.

Meses después nació en Madrid. Si algo tenía claro mi madre era que quería que su bebé fuera español, aunque cuando tenía tan solo dos meses de vida los tres nos fuimos a Texas, donde tuve una infancia plena y feliz. Fui un chico más entre mis primos, que eran todos varones, y me convertí en la niña más bruta habida y por haber. Pero al cumplir los quince, en uno de los viajes que mis padres hicieron a la India, hubo una inundación y por desgracia ambos fallecieron. Eso hizo que me trasladara a vivir con mi abuela a España.

En un principio fue un poco caótico. Toda mi vida se derrumbó como un castillo de naipes, pero reconozco que mi yaya, con su arrebatadora personalidad, hizo todo lo posible y más para que yo continuara siendo feliz.

No quería que añorara Texas, y me apuntó a un colegio bilingüe de lo más pijo, donde proseguí con las actividades que hacía allí, como montar a caballo y boxeo por mi padre y danza por mi madre. A eso mi yaya añadió la guitarra. Adora a Paco de Lucía, y ella quería que su nieta aprendiera a tocar este instrumento.

La muerte de mis padres, junto a la fuerza que mi abuela me insufló siendo una adolescente, me hizo tomar decisiones. La primera, vivir la vida con la misma intensidad que mis progenitores, disfrutando de cada minuto del día. La segunda, ser una mujer libre e independiente. Y la tercera, ser médico y viróloga. Me propu-

se que yo, Celeste Williams Álvarez, acabaría con los virus del mundo.

Durante unos años mantuve correspondencia con mi familia texana. Pero la distancia y el tiempo acabaron con todo. Y aunque guardo un bonito recuerdo de ellos y de sus ranchos de caballos, mi vida ahora está en España.

Junto a mi abuela y a nuestro perrete *Camarón*, fui tremendamente feliz en nuestro pisito de cincuenta metros en la calle Delicias, hasta que, al cumplir los veinte, mi yaya me sorprendió regalándome el piso de enfrente, el de la señora Almudena, que mi abuela compró al morir la mujer.

En su opinión, con veinte años yo necesitaba mi espacio. En la mía, ella con sesenta y cinco lo necesitaba más que yo. Al final me mudé al piso de enfrente un poco a regañadientes, pero, oye, fue hacerlo y entender el refrán ese que dice que el casado casa quiere. Vivíamos juntas en el mismo rellano, pero cada una en su espacio y con sus reglas.

¡Qué maravilla! Ya nadie me regañaba si me dejaba medio vaso de leche.

Al año siguiente, cuando estaba estudiando la carrera de Medicina, mi yaya me dijo que había pensado en vender su piso, comprarse otro en Benidorm, en la playita, y trasladarse allí a vivir con *Camarón*.

Sin dudarle, la apoyé. Si mi abuela quería playa, no había más que hablar. La echaría mucho de menos, pues ella es mi única familia, pero deseaba verla contenta y feliz.

A partir de entonces, cuando ella viene a Madrid se aloja conmigo, y cuando yo quiero playa me voy a Benidorm. Todo genial. —Mira, allí vienen la Chati y Pacita —indica mi yaya.

De inmediato me vuelvo y veo a sus amigas. Estas se aproximan a nosotras sonriendo y, tras acercar dos sillas a nuestra mesa, se piden unas horchatas y comienzan a hablar de sus cosas.

Las estoy escuchando en silencio cuando el móvil me suena. He recibido un whatsapp de Kimberly, que pregunta:

¿Qué te ha dicho la yaya?

Según lo leo, sonrío y pienso en Kim. Es mi mejor amiga, una que apareció en mi vida en el momento justo.

Cuando mi abuela se mudó a vivir a Benidorm, dejé de montar a caballo, me olvidé de las clases de danza y también pasé de las de guitarra en el conservatorio. No pensaba ser ni jinete, ni bailarina, ni guitarrista. Pero sí continué con las de boxeo. El ejercicio es bueno para mí, y darle puñetazos al saco me sirve para desahogarme.

Los seis primeros meses fue raro llegar a casa y no tenerla para sentarnos en su salón o en el mío a ver una serie o una película, por lo que decidí alquilar una habitación de mi pisito. Se lo comenté a la yaya y a ella le pareció bien. ¿Por qué no?

Así puse un anuncio en el tablón de anuncios de la universidad y, según lo clavaba en el corcho, Kimberly lo vio y se dirigió a mí. Acababa de llegar a España con la intención de cursar sus estudios de Empresariales y perfeccionar su español. Y, la verdad, fue cono-cernos y de inmediato surgió el *feeling* entre nosotras.

Un día después se vino a vivir a casa, y todavía recuerdo el susto que me llevé cuando, al levantarse a la mañana siguiente, la chica de ojos negros que había conocido entonces los tenía violeta.

En la vida había visto un color de ojos como el suyo, y rápidamente me explicó que, cansada de que todo el mundo le hiciera comentarios al respecto, hacía años que había optado por utilizar lentillas.

Vamos, ¡ni loca llevaría yo lentillas teniendo unos ojos así!

Nos gustaba la misma música, ir a conciertos, visitar tiendas de antigüedades, leer novela romántica, y nos apasionaban el cine y las series de televisión. En especial las películas rarunas de magia y fenómenos extraños.

Ni que decir tiene que, cuando Kim y mi yaya se conocieron, lo suyo fue un flechazo a primera vista. Tanta fue su conexión que a veces la nieta parecía ella y no yo, y cuando quería hacerlas rabiarse solo tenía que hacérselo saber para que ambas duplicaran su amor hacia mí.

¡Qué egoísta soy a veces!

Para acompañarme al gimnasio, Kim se apuntó a dar clases de aeróbic mientras yo hacía boxeo. Estuvo dos meses y al tercero lo

dejó, ya que el deporte no era lo suyo. Pero si algo le gustaba era cuando por las tardes, en casa, animada por ella, yo cogía la guitarra y me ponía a cantar. Interpretar canciones de Amy Winehouse, Dani Martín, George Michael, Melendi, Alejandro Sanz, Dvicio o la Pausini acompañada por mi guitarra era algo que las dos disfrutábamos mucho, y más aún cuando ella perfeccionó su español y se aprendió las letras.

Por supuesto, la música de Paco de Lucía continuó estando presente en mi vida. Tocar cualquiera de sus canciones, en especial *Entre dos aguas*, la preferida de mi yaya, me hacía sentirla a mi lado y sonreír.

En Kim descubrí una particularidad que me encanta. Es increíblemente intuitiva, de esas personas que perciben las cosas antes de que ocurran. Vamos, que tiene un sexto sentido que ya quisiera tenerlo yo. Eso sí, los números de la primitiva o la lotería nunca los acierta.

Como sé cuánto nos atraen las cosas raras, para su cumpleaños compré dos entradas para hacer un tour nocturno por el Madrid de los Austrias en el que se visitaban casas encantadas y se hablaba de leyendas, fantasmas y misterios.

¡Lo que disfrutamos la experiencia!

¡Fue increíble!

Y, tras ese tour, decidimos hacer muchos más, que incluían historias de personajes de los que se decía que habían viajado en el tiempo.

Qué locura, ¿verdad?

Kim y yo somos dos lectoras empedernidas de libros de historia. Nos encanta descubrir el mundo como fue hasta llegar a lo que es hoy. Pero si algo nos emociona es leer novela romántica.

Qué bonito es el amor, aunque a nosotras de momento aún no nos ha llegado...

Lo bueno de leerlas es que las disfrutamos mucho. Lo malo, que las expectativas de encontrar un churri de esos que nos enamoran son tan altas que nos reímos pensando que al final nos quedaremos solas.

Nos encantan las historias pasadas. Nos podemos tirar hasta las

tantas de la madrugada hablando de personajes que vivieron en otras épocas, descubriendo sus amoríos y sus trapos sucios. Porque, sí, trapos sucios ha habido en todas las épocas, ya sea uno de la clase social que sea.

Durante esas conversaciones en las que hablamos de miles de cosas, un día le conté que el poeta inglés Rupert Chawner Brooke, nacido a finales del siglo XIX, al que se lo describió como el hombre más guapo de Inglaterra, fue mi amor platónico en mi adolescencia. Saber eso le hizo gracia a Kim, que, tras mi confesión, me reveló el nombre de su amor platónico: un conde inglés llamado Caleb Alexandre Norwich, que vivió durante la época de la Regencia y al que ella llama «su Muñeco».

No encontramos ninguna foto suya por ningún lado, como sí sucedió con Rupert, pero sus retratos me mostraron que Caleb era alto, moreno, varonil e interesante. ¡Un verdadero pibonazo! Entiendo que a Kim se le caiga la baba con él.

También me habló de un tal Gael. Es un chico al que conoce desde niña y con el que tiene algo desde la adolescencia, pero igual que lo cogen, lo dejan. La última vez fue por culpa de Kim, al trasladarse a estudiar a España. Y, aunque no diga nada y se haga la dura, sé que piensa en él. Lo sé por cómo sonrío al hablar de Gael, y solo se sonrío de ese modo cuando verdaderamente sientes algo especial.

Con el tiempo mi amiga pasó a ser mi hermana. Como nosotras decimos, somos *amímanas*. Yo le enseñé bailes españoles como las sevillanas, la sardana, el chotis, la muñeira o la jota, e incluso country, en el que mi padre, como buen texano, me había instruido, y ella me mostró bailes ingleses y escoceses antiguos y olvidados.

¡Una pasada!

Como dato referente a mí he de reconocer que soy una apasionada de las redes sociales. Kim no; es más, las odia. Pero yo tengo mi propio canal de YouTube donde, además de hablar de virus, subo reseñas de libros, películas y series. También tengo Facebook, TikTok, donde cuelgo vídeos chorras que me hacen gracia, Twitter e Instagram. Como acabo de decir, me encantan las redes sociales,

y a mi yaya también. ¡Anda que no se lo pasa bien ella viéndolas desde su teléfono móvil!

De igual manera, soy una entusiasta de los tatuajes. En eso soy mucho más valiente que Kim, que ve una gota de sangre y se mareta, además de que para las enfermedades es tremendamente aprensiva. Si le sale un grano, ya está pensando que es un tumor.

El primer tatuaje que me hice sobre las costillas izquierdas dice «*Made in Spain*». Cuando mi yaya lo vio y supo que me lo había hecho en su honor, no podía parar de reír.

También me tatué en mi monte de Venus, en inglés, «*Tell me what you want*», que traducido al español significa «Pídeme lo que quieras».

Escandaloso..., lo sé.

Y lo hice a raíz de un libro que me hizo ver y entender el sexo desde otro punto de vista. Aiss, señor Zimmerman..., ¿dónde puedo encontrarle?

En esos años Kim acabó su carrera de Empresariales y yo la de Medicina. Ella perfeccionó su español y yo mi inglés, que, todo sea dicho, es muyyyyy americano. En especial perfeccionamos las palabrotas, algo que siempre nos ha gustado a las dos.

Tras la carrera, Kim decidió regresar a Londres. ¡Qué disgusto me llevé! ¡Me quedaba otra vez sola!

Me animó a acompañarla. Podría vivir en su casa y encontrar un trabajo de médico en su país, pero en ese instante yo no acepté. Quería seguir estudiando en España para ser viróloga. Mi propósito estaba cerca y no deseaba alejarme tanto de mi yaya.

Al poco tiempo de mudarse, Kimberly comenzó a trabajar en una editorial y, hoy por hoy, años después, es editora jefe de su propio sello y, por lo que me cuenta, le va fenomenal.

¡Ole, mi inglesa!

En mi caso no tuve tanta suerte. Tras la carrera de Medicina proseguí mi formación como viróloga. Alquilé de nuevo la habitación a otra estudiante, pero esta no pasó el mes de prueba. Era un desastre, y pronto vi que pretendía que yo fuera su criada. Y no, por ahí sí que no pasaba.

Cuando esta se marchó de casa, decidí no volver a alquilar la

habitación y, en su lugar, para tener ese ingreso cubierto y no pedirle dinero a mi *yaya*, me puse a trabajar. Conseguí un empleo como cajera en un supermercado que me duró dos años y, cuando el contrato se me acabó, comencé a limpiar casas por horas.

En esos años era Kim quien siempre venía a visitarme a España. Mis ingresos, aunque no estaban mal, no daban para vivir, estudiar y viajar. En varias ocasiones mi amiga quiso pagarme el vuelo a Londres: quería enseñarme su hogar. Lo intentó por activa y por pasiva, pero yo me negué. Una cosa era quedarme en su casa algún día y otra muy diferente que ella también pagara el avión. Mi *pundonor* no me lo permitía, y ella finalmente lo entendió y lo respetó.

Una vez acabados mis estudios, ¡ya era viróloga! Había conseguido aquello que me había propuesto siendo una niña y estaba muy feliz. Y mi *yaya*, ¡más aún! Ahora podría ayudar al mundo curando a enfermos y combatiendo virus. Pero, cuando busqué trabajo de lo mío en mi país, ¡me resultó imposible encontrarlo! Si ser médico era complicado, ¡ni te cuento tratar de ser viróloga!

Visto lo visto, Kim volvió a pedirme que me trasladara a Londres. Ella allí podría ayudarme, pues tenía contactos, pero de nuevo me negué. Mi abuela se hacía mayor y yo no quería estar lejos.

Con el paso de los meses, gracias a mi nivel de inglés, comencé a trabajar en una gestoría. El sueldo no era para tirar cohetes, pero al menos tenía una fuente de ingresos mientras buscaba trabajo de médico en alguna consulta u hospital.

Dispuesta a conocer a gente, y animada por mi abuela, que es más moderna que yo en determinadas cosas que pocos entenderían, me instalé una aplicación de citas llamada Tinder. Siempre había oído hablar de ella, pero nunca me había decidido a participar.

En esa app, tras subir varias fotos mías en las que estaba de lo más mona, y ver otras de algunos tipos que estaban muy bien y darles *like*, me emocioné al ver que algunos de ellos me los devolvían. Eso significaba que nos atraíamos mutuamente y entonces hacíamos *match*.

¡Qué maravillosa forma de ligar!

Pero uf..., uf..., pronto descubrí que esa aplicación es un arma de doble filo en la que hay muchos Pinochos que mienten como bellacos y hay que andarse con cuidadito. Aun así, seguí jugueteando con los *likes*, y fue entonces cuando conocí a Rafita e, ilusa de mí, creí haber encontrado a ese churri especial. Moreno. Ojos oscuros. Alto. Divertido y chispeante. ¡Menuda suerte la mía!

Pero, tras una relación de ocho meses, durante la tradicional cena de Navidad con los compañeros, al entrar en el baño de mujeres lo pillé follando, como vulgarmente se dice, con la hija del dueño de la gestoría donde trabajaba.

En un principio me quedé tan bloqueada que no sabía qué decir ni qué hacer.

¿Rafita y Adelina? ¿Cómo podía ser eso? ¡¿En serio?!

Como siempre que tengo que enfrentarme a algo que me desconcierta, acudió a mi mente mi heroína Amelia Shepherd, una de las doctoras de mi serie preferida, *Anatomía de Grey*. Recuerdo que en un episodio en que ella debía enfrentarse a algo que la desconcertaba, decidía adoptar una postura de superhéroe que consiste en: piernas separadas, brazos en jarras y cabeza bien erguida. Eso le daba poder.

Pues bien, a mí también me daba poder esa postura, y el derecho que le lancé en la boca del estómago a Rafita, seguido de un izquierdazo en la nariz, fue colosal.

El resultado de todo eso fue que me despidieron de la gestoría y ahora el simplón de Rafita ocupa mi puesto allí junto a Adelina.

Al día siguiente de ese desastre Kim me llamó por teléfono. Sus primeras palabras fueron: «He sentido que...», y yo terminé la frase por ella. Kim y su siempre acertado sexto sentido.

Dos días me duró el disgusto. Ni uno más.

Porque, como sabiamente dice mi yaya, más vale estar sola que mal acompañada.

¡Y yo lo corroboro!

Así que, dispuesta a retomar mi vida, volví al mundo de Tinder y me tatué también sobre las costillas izquierdas la frase en inglés «*Everything happens for a reason*», que traducida al español significa «Todo ocurre por alguna razón».

Con mi autoestima de nuevo en alza, y mi móvil repletito de *matches* de infinidad de guaperas, tomé la decisión de cambiar mi vida. Y, aun sintiéndome *made in Spain*, comencé a valorar la opción de trasladarme a otro país.

¿Por qué no?

Lo hablé con Kim. Ella nuevamente me ofreció vivir en su casa y, a los dos días, me llamó y me dijo que podía conseguirme un puesto de médico en un hospital. Lo de viróloga ¡ya se vería!

¡Ostras, menuda oportunidad!

¿Qué hacía? ¿Me iba? ¿Me quedaba?

Y aquí estoy ahora, en Benidorm, buscando cómo plantearse a mi yaya y ver qué dice.

Estoy pensando en todo ello cuando sus amigas se levantan, se despiden y se van. Encantada, sonrío al oír que mi abuela dice:

—¿Cuándo me vas a soltar lo que tienes que explicarme?

La miro boquiabierta. Esta como bruja no tiene precio. Y a continuación coge mi mano y cuchichea:

—Hermosa, soy la persona que más te conoce en el mundo. Y, por cómo me miras, sé que has venido a contarme algo más que tu ruptura con el sosaina de Rafita.

Sonrío, mi yaya es la leche. Y, tomando aire, suelto de carrerilla:

—Kim puede conseguirme un puesto de médico en un hospital, pero es en Londres y, para eso, me tendría que mudar allí. Y yo... yo no sé si quiero vivir tan lejos de ti, porque... porque...

—¿Por qué? —pregunta mi abuela.

Ver su gesto, sus preciosos ojitos y su sonrisa me hace sincerarme.

—Porque tengo la sensación de que te abandono —suelto—. Por eso.

Según lo digo, noto que todo mi cuerpo se libera. Mi abuela me mira y asiente. Luego sonrío y musita:

—Siempre he querido conocer Londres, y que tú estés allí es una gran oportunidad.

Sonrío. Como siempre, mi yaya trata de facilitarme la vida.

—Oye, cariño —añade—. Tienes treinta años. Eres una mujer guapa, joven, lista e independiente que, sin lugar a dudas, ha de

labrarse un futuro. Por tanto, deja de decir tonterías como que sientes que me abandonas, porque nada de eso es verdad.

—Pero...

—No hay peros que valgan —me corta—. Yo misma me compré una casa en Benidorm y te dejé a ti en Madrid estudiando..., ¿acaso sentiste que te abandoné? —Rápidamente niego con la cabeza, y ella insiste—: Londres está a la vuelta de la esquina. Son unas tres horas de avión y, mientras yo pueda ir a verte o puedas venir tú, ¿dónde está el problema? Por tanto, vete, sé médico y sé feliz. Incluso puede que encuentres el amor allí.

—Yaya, ya sabes que lo mío no son los ingleses.

—Siempre hay un roto para un descosido —se mofa. Ambas reímos por eso, y luego ella añade—: Si vas a estar con Kim, sé que estarás bien, igual que sé que no te vas a olvidar de mí. ¡Así que márchate a Londres o me enfadaré!

Emocionada, cojo sus manos, esas que tantas veces me han secado las lágrimas, me han arropado o me han hecho cosquillas, y musito:

—¿Estás segura, yaya?

Con los ojos llenos de emoción, ella asiente.

—Tan segura como que me llamo Consuelo y tengo la mejor nieta del mundo.

Aisss, que lloro. ¡Mi yaya es lo más!

—Tú sí que eres lo mejor de mi mundo —susurro—. Gracias por estar en mi vida.

Y, como es inevitable, nos abrazamos y lloramos emocionadas. ¡Somos unas lloronas!